

EL MES DE MAYO

El tiempo, en su girar incesante, nos ha vuelto a traer a Mayo, el más hermoso de los meses, no porque sea, como en Europa, la época de las flores, que en nuestra tierra germinan y se abren y brillan todo el año, sino porque está dedicado a la Rosa mística del paraíso, al Lirio inmaculado de los collados eternos.

¡Ave, MARÍA, madre de Dios y madre de los hombres, sede de la divina sapiencia, causa de nuestra alegría; vida, dulzura y esperanza nuestra!

Desde hoy el altar de la capilla estará a diario resplandeciente de luces y de flores; la mesa del altar llena de jóvenes que van a nutrirse con “pan de vida y entendimiento”; resonarán las bóvedas sagradas, al atardecer, con los coros fervientes del sacratísimo rosario; oiremos de labios ungidos las alabanzas de MARÍA, y se alzarán, en el coro, voces juveniles que canten los loores de la Patrona y Directora suprema del Colegio.

El mes de MARÍA deja en las almas de los alumnos del Rosario una huella imborrable. Años después de abandonar el claustro, la memoria de las flores de Mayo, llena el alma de dulcedumbre entre los amargores de la vida, de consuelo en las penas, de valor en la lucha, de esperanza en las caídas. Basta ese recuerdo para arrancar a un joven de las prisiones del vicio, para devolverle, en momento oportuno, la fe perdida. A la hora de la muerte suaviza el rigor de la despedida, y es prenda de la bienaventuranza futura.

Hemos visto morir muchos hombres que se habían olvidado de Dios; pero nunca impenitentes cuando tuvieron madre piadosa, aprendieron de niños a invocar a la Virgen, hicieron bien la primera comunión y festejaron el mes de MARÍA.

